

Eduard von Keyserling

EN UN RINCÓN TRANQUILO

Traducción del alemán

Carlos Fortea



Madrid, 2013

Título original alemán: *Im Stillen Winkel*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2013

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2013



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, el cual está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Corrección externa: Fátima Aranzabal
Segunda corrección externa: Juana Salabert
Tercera corrección externa: Lorenzo Rodríguez Garrido

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: FC
ISBN: 978-84-939750-1-2
Depósito Legal: M-8772-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La familia Von der Ost salió al campo, como acostumbraba. Quería volver a instalarse en la vieja villa de las montañas, al final de la carretera del pueblo. Bruno von der Ost abandonó por un día el banco del que era director para dirigir el traslado de la familia. Era un gran talento organizativo y adoraba mostrar esa cualidad incluso en los pequeños asuntos de la casa y de la familia. Le complacía plantarse en el vestíbulo de la estación entre baúles y cestos e impartir escuetas órdenes a los mozos de cuerda. «Todo —solía decir—, hasta lo más insignificante, tiene que ser hecho racionalmente». Más tarde, en el andén, disponía la colocación del abundante equipaje de mano y, luego, la familia tenía que ocupar sus asientos: la señora Von der Ost, la tía Dina, el pequeño Paul y la vieja Marie, la antigua niñera de Paul. Paul no perdía de vista a su padre; le

causaba una sensación de placer de lo más emocionante contemplar su alta figura de anchos hombros, los ojos azul grisáceo tras los relucientes cristales de las gafas, el rubio bigote que ondeaba con suavidad al viento y la voz ronca que impartía las órdenes... Todo aquello era espléndido y emocionante.

Ahora todo estaba ya ordenado; el señor Von der Ost subió al vagón y se cerró la puerta. Por la ventanilla bajada alguien alcanzó aún un ramo de rosas y apareció una cara sonriente: era Hugo von Wirden, el pasante del banco, que había sido encomendado al señor Von der Ost para que lo vigilara especialmente. El joven había sido ligero de cascos, y en el banco llegaría a ser una persona decente. Paul sonrió; no podía evitarlo cuando veía ese hermoso rostro de alegres ojos color castaño y ancha boca roja. A Paul le gustaba que el señor Von Wirden viniera a verles: enseguida todo se volvía alegre, mamá se reía tanto... El señor Von Wirden bromeaba con la tía Dina, Paul y hasta con la vieja Marie. «Es guapo —le comentó una vez Paul a la vieja Marie—; tiene cara de guapo y de travieso».

—¡Veo que la familia ya ha embarcado! —gritó el señor Von Wirden hacia el interior del vagón—. ¡Buen viaje! Pronto les seguiré.

La señora Von der Ost recibió las rosas y se inclinó sobre ellas.

—¡Qué bien huelen! —exclamó.

—Todavía no estamos de vacaciones —dijo el señor Von der Ost.

—Lo sé, lo sé —repuso Wirden—. ¡Que siempre tenga usted que recordarme las cadenas, señor director! Sea como fuere, iré. *Adieu*.

Y desapareció.

—Es un calavera —observó el señor Von der Ost.

La vieja Marie rió. El tren se puso en movimiento.

Paul se encogió en su rincón. Así estaba bien. Se sentaban allí todos juntos, y él se sentía protegido y cobijado. Aquel chico tenía una percepción inusualmente fuerte de la inseguridad de nuestra existencia; no sabía qué era, pero intuía por todas partes fuerzas oscuras que le acechaban a él y a aquellos a los que quería. Cuando su situación era segura y confortable, tenía una poderosa sensación de bienestar. Era bajito y débil; lo llamaban el pequeño Paul, aunque ya contaba más de once años; su pálido rostro tenía unos rasgos redondos e infantiles, sus ojos grises podían volverse claros como la plata cuando se excitaba, el espeso y rizado cabello rubio hacía que su cabeza pareciera extrañamente grande.

Paul empezó a estudiar a su pensativa manera los rostros de sus seres queridos. Primero, el delgado y hermoso rostro de su madre: de la gran pámela amarilla se escapaban unos ricitos rubios que le caían sobre la frente, los labios estaban cerrados, finos trazos muy rojos que se alzaban un poco en los extremos. Sus ojos grises estaban muy brillantes, y las mejillas, normalmente pálidas, un poco enrojecidas. A Paul le conmovía que cuando su madre se excitaba se le pusieran los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas; entonces parecía tan joven y vulnerable que él temía que alguien pudiera hacerle daño. El rostro de tía Dina siempre había sido un interesante objeto de observación para Paul, había tantas cosas en él...; todas esas arrugas y arruguitas que formaban extraños dibujos en la frente y las sienes, las profundas cuencas de los ojos, la boca blanda y móvil, los pelillos de la mandíbula... Todo eso era ya lo bastante curioso. El moreno rostro de la vieja Marie, con sus finas arrugas como trazadas a cuchilla, los ojos de un azul turbio, somnolientos, le era tan conocido y familiar a Paul como su cuarto de niño. Por fin, había que mirar a su padre, y eso era peligroso, porque con qué facilidad podían dirigirse aquellos ojos azul acerado hacia Paul, con aquella mirada severa, un poco descontenta. Él sabía que a su padre

no le gustaba, y no le gustaba porque era bajito y débil. Aun así, a Paul le causaba un placer emocionante contemplar la elevada frente con las dos arruguitas verticales, la nariz recta, el mentón poderoso, los cabellos de las sienas, que ya empezaban a volverse grises... Todo aquello intimidaba, pero le gustaba. No debía de ser muy cómodo andar día y noche con un rostro como ese. Pero en aquel momento los ojos tras los cristales de las gafas se dirigieron realmente a Paul, que volvió la cabeza con rapidez y miró por la ventanilla. Fuera llovía, el campo estaba cubierto por un velo de pequeños trazos oblicuos, los postes de telégrafos pasaban corriendo —deprisa, deprisa—. Eso daba sueño. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; podía dormir, aquí estaba a salvo, no había en perspectiva nada amenazador; se alegró al pensar en la villa, en el jardín; el colegio estaba lejos. Sí, el colegio: ese también era un lugar peligroso. Lo que le costaba trabajo no era aprender; no era a los maestros a quienes temía, sino a sus compañeros. Al principio se burlaron de él y lo atormentaron; ahora apenas le prestaban atención. Cuando, en el recreo, todos salían al patio, también Paul bajaba, se apoyaba en una pared y miraba cómo los otros chicos se peleaban entre ellos. En esos momentos sus ojos se tornaban grandes y pálidos

como la plata, y las manos se le enfriaban. Le gustaba en especial mirar a Müller, el alto; era el más fuerte. ¡Con qué poco esfuerzo tiraba a los otros al suelo, cómo se arrodillaba sobre ellos y les aporreaba con los puños! Paul le odiaba y le admiraba. Luego, en casa, en su cuarto, jugaba a ser fuerte; una silla era Müller, el alto, y luchaba con ella hasta el agotamiento. Bueno, ahora no tendría que pensar en eso durante mucho tiempo; ahora podía dormir tranquilo.

La sacudida del tren al detenerse le despertó y alzó la vista amodorrado. A su alrededor reinaba la agitación. La puerta del vagón se abrió, sacaron el equipaje de mano y, finalmente, todos descendieron. También Paul tuvo que salir. En el andén, le pareció como si muchas personas corrieran y gritaran de acá para allá; también se oía la voz de su padre, sin duda irritada, porque hablaba muy alto. Había un coche listo. Paul tuvo que subir y sentarse entre tía Dina y su madre; su padre y Marie se sentaron en el asiento trasero. Así recorrieron el paisaje que alboreaba. El director seguía quejándose de los mozos de cuerda.

—Este pueblo no sabe poner rastro de método ni en el más sencillo de los manejos.

—Tienen demasiado que hacer —objetó tía Dina, que siempre defendía a cualquiera al que se hiciera un reproche.

Pero el director rechazó su objeción con un gesto de la mano.

—Aquí no hay nada que defender. Esta gente es necia y perezosa.

La lluvia había cesado, el aire era frío y húmedo, olía con fuerza a heno; las montañas, altas y negras, parecían muy cercanas, y unas nubes blancas se cernían sobre ellas. Las casitas al borde de los prados estaban sumidas en la oscuridad, y unos perros sarnosos ladraron rabiosos al coche que pasaba. El valle, normalmente tan familiar, le parecía hoy a Paul inquietante y ajeno.

Por fin, el coche se detuvo delante de la villa. También ella estaba extrañamente negra entre los árboles negros y mojados. La vieja campesina que cuidaba la villa en invierno y las dos criadas, Babette y Käti, esperaban a los señores a la puerta de la casa; las tres tenían una sonrisa de bienvenida, pero cuando el director gritó: «¿Cómo?, ¿todo a oscuras? ¿Ni un fuego, ni una luz? ¡Vaya un recibimiento!», todas pusieron cara de susto. Bajaron. En el gran y sombrío vestíbulo también reinaban el frío y la humedad y olía a heno. Una escalera llevaba a las habitaciones; las criadas corrían excitadas de un lado a otro. Paul se hallaba en medio del gran salón, un poco bajo. Por las puertas

abiertas entraba una fuerte corriente de aire. Las maletas se descargaron con estrépito; unas voces alteradas se llamaban unas a otras. Paul estaba inmóvil, con el rostro contraído, como si fuera a echarse a llorar. Sólo cuando se hizo el silencio a su alrededor, cuando las puertas estuvieron cerradas y Kāti hubo prendido la lámpara del techo, empezó a caminar lentamente por la estancia, con las piernas un poco rígidas del viaje, miró pensativo los muebles, los acarició. «Siempre es así —pensó—. Uno se va al final del verano y los muebles se han convertido en viejos compañeros de los que duele separarse, y vuelve al año siguiente y están ahí rígidos y muertos, como si no los conociera». Se dirigió a la mesa y abrió el cajón: y allí estaba, de hecho, un soldadito de papel que sin duda había quedado olvidado el verano anterior. Llevaba pantalones rojos y casaca azul, y tenía el rostro completamente rosa. «El pobre —pensó Paul— ha estado aquí solo todo el invierno, con este frío y esta oscuridad». Una gran compasión por el soldadito se apoderó de él, lo cogió y lo metió dentro de su chaleco: allí estaría caliente.

Cuando se volvió, vio a su madre sentada en el sofá, envuelta en un chal y apretujándose, helada, contra la esquina. Su rostro estaba pálido y miraba pensativa ante sí.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **25-11-2013**

En un rincón tranquilo

Eduard von Keyserling



ISBN: 978-84-939750-1-2. PVP: 12 €



www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)